

indispensables á quien deseaba conseguir el carácter supremo de un arquetipo conservador inglés en toda su grandeza y en toda su dignidad. Encontrándose, al revés Gladstone á nuestra vista, con mayoría en los Lores y minoría en los Comunes por este año noventa y dos tan extraordinario; nunca se arredró, ni llevó hasta la violencia su defensa. Gran administrador é incorruptible; hacendista y político; conjurador del peligro, pero si topaba con el peligro, de una serenidad imperturbable, resistente por igual, así á los halagos como á las amenazas siempre; conspirando contra sus enemigos, y sabiendo desurdir y desconcertar todas las conspiraciones concertadas y urdidas contra su poder; callado, si le convenía el silencio, y afluente cuando necesitaba de la elocuencia; jamás tuvo un enemigo tan formidable la política liberal sajona en lo interior, ni en lo exterior un enemigo tan diestro y tan formidable la desencadenada revolución francesa.

Entre Fox, extremadamente liberal, y Pitt, extremadamente conservador, representaba Burke un término medio, que mantenía la libertad británica y detestaba la revolución francesa. Cuando se niega la fecundidad en talentos de Irlanda, esta isla verde aduce para su ornato y gloria el nombre de Burke. Irlandés á la verdad era éste, de Dublin, pero proveniente de los sajones, de los que realizaran la conquista y constituyeran el patriciado. Bien heredado por la fortuna que su padre le transmitiera y bien instruído por los desvelos que su madre le consagrara, tuvo infancia y juventud felices. Sin embargo, enriquecido con todos los dones de la sociedad y de la naturaleza, le faltó uno solo importantísimo; la salud. Burke tuvo unos primeros años muy enfermizos. Gran escritor, cualidad que en su airada vida no le permitió Fox conseguir, unía la vehemencia en sus afectos, con el razonamiento de sus ideas y la corrección en su estilo. Mientras sólo se trató de mantener en la Cámara y en el gobierno las consecuencias del antiguo movimiento revolucionario británico, entendiéronse á maravilla los dos grandes oradores; pero así que se trató de apreciar y aplicar el movimiento revolucionario francés, se dividieron y enconaron entre sí, por tal manera, que no tornaron jamás á ser amigos. Burke tenía el sentimiento sajón de la libertad, pero no tenía el sentimiento latino de la igualdad; Fox, muy universal y sistemático, unía con el sentimiento de los sajones, con el sentimiento de la libertad, el sentimiento de los latinos, el sentimiento de igualdad. Como los sajones jamás fueron metafísicos, jamás fueron igualitarios. Ellos están incapacitados de comprender nuestra uniformidad y aquellas unidades á que prestan culto los fundadores de la Iglesia universal, del Imperio universal, del derecho universal, de la revolución universal. Burke se distinguía por su astucia en el proceder y por su sagacidad en el pensar. Astuto y sagaz, predecía los desperfectos que iban á sufrir con la revolución francesa, elementos y principios, á la revolución francesa tan extraños, como los privilegios sociales reinantes sobre Inglaterra, considerados por él, como áncoras y amarras puestas para sufrir sin desdoro y atravesar sin daño un ciclón tan espantable como el terrible rafagueo de las ideas nuevas. Dicen sus

apologistas que mostró una previsión admirable, al presentir y al anunciar el despotismo transitorio sobrevenido tras la revolución universal. Y no participo del entusiasmo general por las previsiones de Burke, ni creo se necesite vista de lince ó zahorí, para prever y presentir que tras las mareas altas vienen las mareas bajas en ese gran océano que se llama la vida social. Si la revolución iba tan lejos, ¿cómo no amenazar la reacción? En la revolución artista del Renacimiento hubo reaccionarios que intentaron por medio de sus cuadros volver al arte bizantino; en la revolución religiosa del siglo XVI, hubo una María Tudor contra los anglicanos; un Felipe II contra los holandeses, la liga de los Guisas contra los hugonotes, el Concilio de Trento contra la dieta de Ausburgo, Loyola contra Lutero. En la revolución política de Inglaterra tras la República, volvieron los Estuardos. Pero que las reacciones existan en cada revolución como las oscilaciones en los péndulos, como el flujo y reflujo en los mares, como el apogeo y el perigeo en los astros, no debemos atribuirlo á los principios revolucionarios, sí á las leyes del tiempo eterno y del movimiento universal. Y como lo que decía Burke se hallaba en tal consonancia con los principios y los intereses británicos; encontraba unas raíces tan hondas en aquella sociedad y en aquella historia; correspondía con tan estrechas correspondencias á todo lo pensado y creído por aquellas supersticiones muchedumbres, el célebre libro suyo expresó á maravilla un estado mental de Inglaterra, expresando el terror sentido por los ingleses, ante una revolución como la francesa, que destruía los privilegios así del Rey como del Patriarcado y aspiraba en su pensar y sentir á cosa tan imposible como sumar la libertad con la igualdad.

El disentimiento político de Burke y Fox, comenzado en un debate constitucional, y concluído en una enemistad eterna, se originó del concepto, en cada uno contrario, acerca de la Revolución Francesa y sus irremisibles consecuencias. No podían discutir tesis tan transcendental en el Parlamento inglés como si estuvieran en cualquier club libre. Pero una ocasión tan propicia, como el debate relativo al Código fundamental de Canadá, les ofreció materia y motivo de tratar una cuestión extranjera como si fuese una cuestión interior. Burke pedía para la colonia boreal de América una Constitución á la inglesa; Fox pedía una Constitución tan progresiva y tan universal y tan humanitaria en el sentir suyo como la que acababa de componer y decretar para Francia su inmortal Constituyente. Nunca preceden por móviles abstractos y por teorías puras los ingleses; necesitan que hasta en los criterios más radicales entre algo de sabia experiencia y que las reformas nazcan y se motiven de alguna realidad. Pudieron discutir los dos grandes oradores acerca de la Constitución francesa y de la Constitución británica comparadas, porque había en la colonia gente de Francia y gente de Inglaterra. Antes de comenzar tan titánico debate controvertiendo principios tan opuestos, los dos hermanos de partido y de profesión, cuya grande amistad mutua fué un día honor y gloria de Inglaterra, departieron á solas en la mayor confianza y en la más cordial intimidad, tirando á convencerse mutuamente, mas no lo consiguieron uno de

otro, porque sus principios opuestos los arrastraron á campos enemigos, entre los cuales no cabía ya más relación que la guerra. El seis de Mayo en mil setecientos noventa y uno, por la noche, se consumó esta ruptura, gravísima en sí misma, y trascendental por sus consecuencias á todo el planeta y á toda la humanidad. Fox preguntó si no desvariaban los enemigos del progreso moderno restaurado en el Canadá, para gentes tan democráticas como los franceses y junto á una República tan avanzada como los Estados Unidos, títulos y privilegios nobiliarios opuestos al carácter y al derecho de las sociedades modernas. Quizás, decía, con la circunspección propia de los ingleses, conviene conservarlos en la Constitución cuando existen y prosperan en las costumbres; pero de locura calificarían todos el conato de avivarlos y restablecerlos allí donde se han acabado. Fox creía con razón que, perdidas tales distinciones en el viejo mundo por la influencia del espíritu francés, no podían restaurarse de ningún modo, dijera lo que dijese la tradicional aristocracia británica, en el Nuevo Mundo. Igual acerba crítica le merecía el intento de levantar una Cámara de patricios allí donde sólo habitaban unos sencillos é igualatorios democratas. Los privilegios, que no brotan espontáneos de la sociedad, y no se justifican por las tradiciones, inútilmente pedirán á las leyes políticas y los poderes públicos una carta de naturaleza. Pero donde puede Fox demostrar la superioridad evidente de sus ideas sobre las ideas casi reaccionarias de Pitt, y las ideas meramente conservadoras de Burke, fué al volverse furioso contra la criminal disposición manteniendo un clero protestante y atribuyéndole sin razón la séptima parte de los bienes incorporados á la corona; cuando la Iglesia con espontaneidad nacida en aquel país de las creencias populares era la Iglesia Católica y la imposición arbitraria de un sistema religioso por su Estado sin respeto á la conciencia y al derecho podía calificarse de tiránico acto en oposición abierta con todos los dogmas y todos los cánones de la humana y de la divina moral. Y dicho esto resonó en la tribuna inglesa uno de los párrafos más elocuentes que se hayan pronunciado jamás á favor de los humanos derechos, en el concepto de Burke, vanas ilusiones utópicas, en concepto de Fox, bases firmes, sobre cuyo sólido asiento habían de levantarse para lo porvenir todas las Constituciones del mundo. Tal arenga elocuentísima pedía una respuesta y la tuvo de Burke. Reposadísimo, circunspecto; con formas de una severidad estoica; reprimiéndose para que no le brotaran del sincero corazón sus odios á las nuevas ideas y del afuente labio injurias palpables al amigo, de quien se tornaba en aquel minuto enemigo implacable y eterno; revolvióse contra las ideas universales y filosóficas y abstractas del inspirado Fox para oponerles con todo el vigor de una lógica muy cerrada y con todo el estro de una elocuencia muy viva, un criterio, como el experimental de las escuelas históricas nacido al culto religioso por las tradiciones antiguas.

Razonando *ab absurdum* creía Burke necesario, para que las ideas de Fox en toda su pureza pudieran aplicarse, que se llamase á los habitantes del Canadá y se les diese á cada

uno de ellos el derecho de designar en públicos y populares comicios la forma del gobierno nuevo y la naturaleza del código fundamental preferibles á su voluntad y á su conciencia; procedimiento con el cual se romperían todos los lazos anudados por la naturaleza y por la Historia en el espacio y en el tiempo. Según Burke, la razón de que los canadienses provienen de origen francés, anula é invalida todo propósito de darles una Constitución republicana. Este género de constituciones pide más aún que las Constituciones monárquicas una grande congruencia en el medio social circunstante y una grande adaptación de los ciudadanos á sus principios y á sus leyes. Niega Burke, al decir esto, que haya nacido la Constitución americana del entendimiento puro y de la razón abstracta; para él nació del carácter sajón, más republicano de suyo que la naturaleza del carácter francés, por una educación en el gobierno de sí mismos, entre los sajones existentes, que no existe con igual vigor entre los franceses. Una larga preparación municipal habíale dado en sus ejercicios costumbres de gobierno, y una porfiada guerra también hábitos de disciplina indispensables á toda República vividera y segura. El ejemplo de las colonias francesas, en medio de la revolución, le pareció apropiado y oportuno el anatema despedido sobre tal constitución, para él inhumana é imposible. La constitución francesa, basada en principios opuestos á los principios ingleses, no se asemeja en punto alguno al código hecho por la sucesión de los siglos y el concurso de cien generaciones. En cuanto se difundió en los aires de las colonias francesas, antes felices, el sofisma de los derechos del hombre, no hubo para ellas, ni paz, ni reposo. Los negros se volvieron armados contra los blancos, y á su vez los blancos contra los negros, aniquilándose todos en luchas asesinas unos á otros, como si la nueva Constitución decretada por su Constituyente, hubiera traído la noche maldita de un espantoso aquelarre. Francia pudo mirar en el espejo de las colonias su propia imagen; y para borrarla tiene que mandar tropas, las cuales, imbuídas en las ideas del soberano que las envía, comienzan por proclamar los derechos del hombre, y concluyen, para profesarlos con más verdad y establecerlos con más fuerza, por degollar á su general. Pero vale más traducir, aunque se pierda en la traducción todo el colorido y aun las líneas de un original tan perfecto. «Se ha dado en la manía de coger al vuelo cuantas ocasiones puedan presentarse de loar la Constitución francesa, no importándome saber, ni averiguar siquiera, si esas alabanzas van dirigidas á la Constitución misma, ó á la revolución que la dictó, siendo premisa y consecuencia inseparables una de otra. Y esta manía toma tales visos de verdadera demencia, que todo diputado, capaz de condenar en esta Cámara el desorden y la confusión, reinantes hoy en Francia, y de no suscribir á la idea de que irán pronto allí el orden y la libertad, se ve acusado entre cruelísimos estigmas como enemigo nato de la Constitución inglesa entre imputaciones que yo denomino sin empacho desleales, falsas, calumniosas. Estas especies, dañosísimas, perpetuamente, crecen ahora en daño, mantenidas por la grande autoridad de un ilustre nombre parlamen-

tario, como el que lleva quien, emitiendo siempre sus opiniones con franqueza, no ha vacilado un punto de calificar la Constitución dada para su Congreso á nuestros vecinos del más magnífico y glorioso monumento levantado al derecho y al gobierno de los pueblos por la humana sabiduría. Esa Constitución, digo yo, enfrente de su mantenedor, con menos autoridad, pero con igual franqueza que él, solamente puede dar de sí el despotismo, anarquía, reacción. Y lo digo con tanta mayor franqueza cuanto nunca he cambiado respecto del sistema de gobernar á los pueblos y siempre aclamé á la Monarquía como la mejor forma y más estable que puede tener un Estado.»

Respondió Fox á este discurso en otro dictado por tierna profundísima emoción. Copiosas lágrimas le corrían por el rostro al decirlo y se le anudaba en la garganta su voz. No podía materialmente hablar. Una vida de aspiraciones comunes; un afecto mantenido sin quebranto entre los dos, é igual en su recíproca intensidad; una emulación amistosa en que cada cual se ufana con los triunfos y las glorias de su compañero; habían hecho de aquellos, dos palabras, tan desinteresadas en su aspecto moral y tan bellas en su aspecto estético, un ornamento de Inglaterra y de su tribuna. Todavía penetrado Fox de tales afectos, y resistente á dejar playas de su infancia y de su juventud, á las cuales como que se pegaba su corazón, y cambiarlas por tormentosos océanos batidos del viento de las nuevas ideas, declaró en voz alta y en dejos sentidísimos su resolución de guardar invariable amistad á Burke por tanto tiempo cuanto le durase la vida. Pero según iba diciendo sus juicios, patentizando sus sentimientos y sus ideas, veíase que aquellos dos grandes oradores, juntos hasta entonces en el credo y en el propósito de una reforma evolutiva, se habían ido á dos ideas contrarias, apartados por la inmensa distancia mediante de suyo entre la revolución y la reacción. El partido liberal inglés quedó roto y dividido en dos por este horrible cisma, cuyos respectivos credos no solamente se fundaban en contradictorios criterios políticos, se fundaban en contradictorios criterios científicos. Burke imaginaba descubrir en Fox una filosofía distinta de su filosofía. Este gran orador se valía de la inducción metafísica; él tomaba para sí la deducción experimental. «Sólo al poder divino, exclamaba, están reservadas la infalibilidad con la omnipotencia. Su brazo impele como un proyectil el cometa, lo saca de su órbita, lo acerca sin derretirlo al sol, ó lo sumerge allá en los negros abismos de la noche. A Dios la perfección; á nosotros, míseros mortales, el criterio sencillo de la observación y de la experiencia.» Luego, descendiendo de tamañas alturas á los problemas políticos, decía, inspirado su criterio en el espíritu conservador y sintiendo en su corazón ardiente patriotismo; estas palabras, del todo inglesas: «Huid la Constitución francesa.» Y como Fox le interrumpiera diciendo que, por haber sus inteligencias, disentido en política, no se habían separado sus corazones en amistad, le contestó Burke airadísimo y resuelto: «Sí, ha concluido nuestra grande amistad para siempre. La retiro sin escrúpulo al compañero que tanto amé. Todo ha concluido entre ambos. Yo

conjuro á los dos estadistas y diputados, cuyos espíritus hoy se aparecen como las dos eminencias rivales émulas en este Congreso, á que, ya lanzados en el espacio de la política como dos meteoros encendidos y contrarios, ya juntos y abrazados como dos fraternales amigos, guarden y conserven la Constitución británica, preservándola del peligro encerrado en las nuevas detestables teorías. «El partido liberal tuvo que atender á este cisma y cerrarlo con prontas é inapelables declaraciones. Movidos por sus diarios de más autoridad, azuzados por las reclamaciones de una opinión alarmada é inquieta, los whigs tuvieron cónclave político y este cónclave declaró hallarse la doctrina y la tradición del partido completamente de acuerdo con las afirmaciones de Fox. Al antiguo amigo y reciente enemigo de éste no le quedaba otro recurso en lo humano que separarse del partido, cuyos anatemas le maldecían y le desautorizaban. No tenía otro remedio el excomulgado sino retraerse de la Iglesia donde naciera; y no sólo se retiró de esta grande asociación política, se retiró también del Parlamento, cuya gloria y honor aumentara con sus discursos. «Excomulgado por los unos, exclamó, créome demasiado viejo para elegir ninguna otra doctrina, ni entrar en ninguna otra iglesia. Y así me niego por completo á entonar el *yo pecador* demandado por mis antiguos correligionarios, y me voy á mi hogar, sin requerir de nadie amistad y sin tener las enemistades que puedan atraerme ahora mis convicciones y mis creencias». Los dos émulos presentaban calidades análogas y señaladísimas contradicciones: vivo ardor, abundante palabra, destreza en pronunciar esta palabra con arreglo á la sintaxis y componerla con arreglo á la lógica y vehemencia en expresarla; pero mientras el uno, Fox, ha justificado aquel calificativo que le llamaba el más demosteniano de todos los oradores habidos desde Demóstenes á su tiempo, el otro más rudo, más batallador, más político, más experto, más inglés, más perseverante, poseía el dón de las indignaciones terribles y de las críticas acerbas. Respecto de Francia y su revolución Burke sólo vió el horizonte sensible alcanzado por la vista de un político, mientras Fox vió el horizonte racional é infinito que descubre la vista del filósofo. El uno, Burke, acertó en las consecuencias inmediatas de la revolución, muy perturbadoras de su tiempo, mas Fox acertó en sus consecuencias inmanentes, merced á las cuales hemos alcanzado nuestra redención en el seno de la moderna libertad.

Y al momento mismo de arremeter los reyes á la revolución francesa, con pretexto de sus crímenes, acababan la obra más criminal del siglo pasado, la obra esencialmente regia, el último descuartizamiento y desmembración de Polonia. Presidían este atentado la santa Rusia y su proterva Emperatriz Catalina II. Nada comparable á la extensión de aquel Imperio, dilatado por la mitad del Asia y la mitad también de nuestra misma Europa. Nada tan inaccesible como aquel desierto defendido por su vasta soledad y su asesino clima. Nada tan indómito, como una raza, que no puede maravillarse de tener en la sociedad una madrastra que le suelte guerras entre los pies, cuando tiene una madrastra en la